

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 15 DE MAYO DE 1932

NÚMERO 20



PENTECOSTES

Quando se cumplía el día de Pentecostés estaban todos juntos en un mismo lugar. Y vino de repente un estruendo del cielo, como de viento que soplabá con ímpetu, y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego y reposó sobre cada uno de ellos; y fueron todos ellos llenos del Espíritu Santo y comenzaron

a hablar en otras lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen.

Y moraban entonces en Jerusalem judíos, varones religiosos de todas las naciones que hay debajo del cielo. Y hecha esta voz acudió mucha gente y quedó pasmada, porque los oía hablar a cada uno en su propia lengua. Y estaban todos atónitos y se maravillaban, diciendo: "¿No veis que son ga-

lileos todos los que hablan?" "Pues ¿cómo los oímos nosotros, cada uno nuestra lengua en que nacimos? Partos, y Medos, y Elamitas, y los que moran en la Mesopotamia, en Judea y Capadocia, en el Ponto y en el Asia, en Frigia y en Pamfilia, en Egipto y tierras de la Libia, confinante de Cirene, y los que han venido de Roma, Judíos y prosélitos, cretenses y Arabes, los oímos hablar en nuestras lenguas las grandezas de Dios." Se pasmaban, pues, todos y se maravillaban, diciendo uno a otro: "¿Qué quiere decir esto?" Mas otros, burlándose, decían: "Llenos están de mosto."

Más Pedro, en compañía de los once, puesto en pie, alzó su voz y les dijo:

"Varones de Judea y todos los que moráis en Jerusalén, esto os sea notorio, y escuchad mis palabras; porque estos no están embriagados como vosotros pensáis, siendo la hora tercera del día (las nueve de la mañana). Más esto es lo que fué dicho del profeta Joel: Y acontecerá en los postreros días, dice Dios, que yo derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños. Ciertamente en aquellos días sobre mis siervos y sobre mis siervas, derramaré de mi Espíritu, y profetizarán y daré maravillas arriba en el cielo, y señales abajo, en la tierra, sangre y fuego, y vapor de humo. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor grande e ilustre, y acontecerá que todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo."

¿Cómo llegan los elefantes a la Casa de Fieras?

(Continuación.)

Desde hace muchas horas, centenares de indígenas están ocupados en hacer una valla alrededor de este terreno para hacer imposible la salida a los animales. En todas partes cortan arbolillos, los despojan de las ramas y los clavan en la tierra con la mayor solidez posible. Mujeres y niños traen ramas y enredaderas para unir los palos. Están tan preocupados con su trabajo, que apenas vuelven la cabeza para ver al hombre blanco, que todo lo vigila. En lo alto de la montaña, otros centenares de hombres están construyendo chozas con hojas grandes para pasar la noche y preparan la cena para los trabajadores aplicados. Ya el sol se está poniendo; de todas partes se oyen alegres cantares, señal de que todos están contentos. El oficial da órdenes terminantes de que nadie, a excepción de él y sus soldados, disparen sobre los elefantes, a no ser que ellos, alarmados, trataran de romper el cerco, en cuyo caso podrían asustarlos con tiros al aire. El mismo, acompañado de Zampa y Amba, dos mozos de confianza, baja al valle para convencerse por sus propios ojos del número de animales que componen la manada, para tomar las medidas correspondientes al caso. No era nada fácil acercarse cautelosamente a la manada de elefantes. La espesura del bosque hacía difícil y molesto el avance, y al mismo tiempo impedía abarcar todo el terreno con la vista. Además, según iban

bajando, se hacía cada vez más fangoso el terreno; altas cañas habían crecido en el pantano y era imposible atravesarlas sin alarmar a los recelosos animales, que, aunque no tienen muy buena vista, oyen muy bien y tienen un olfato muy fino. Únicamente por las sendas que los mismos animales habían abierto podían deslizarse cautelosamente los cazadores. De pronto, Amba, que iba delante, se paró y, señalando con la mano hacia adelante, dijo:

—Massa, vayim. Señor, ¿lo ves?

Ahora también el oficial se fija en una enorme masa gris que apenas se destaca de las cañas y del monte. Próximo a ellos estaba un enorme elefante que no se daba cuenta de que el enemigo estuviera tan cerca.

Los tres hombres estaban apuntando con el fusil, ahogando casi la respiración, por si acaso el gigante de la selva virgen los descubría y atacaba. ¡Cómo les palpitaba el corazón! Los minutos les parecían horas. Por fin, el enorme animal se aleja lentamente. Los cazadores le siguen en silencio. Tienen que enterarse dónde se esconden los otros. De pronto descubren entre los árboles y el monte bajo toda la manada. A unos pasos de distancia el oficial vió, con gran alegría, una hembra con su pequeño, poco mayor que un cerdo, al que acariciaba con su trompa, como una madre hace caricias a su hijo. Fijándose mucho, el joven podía distinguir todavía cuatro elefantes, jóvenes, de diferente tamaño. Pero antes de pensar en cogerlos era preciso matar los poderosos machos

que protegen a la manada. Ni veinte pasos del sitio donde estaba había uno de estos animales, amenazando con sus enormes colmillos. Era fácil darle un tiro seguro; pero el efecto sería que los elefantes, asustados, emprenderían la fuga y probablemente escaparían, porque la valla aún no estaba terminada. Cuesta trabajo a los cazadores entusiastas resistir a la tentación de disparar cuando tienen la caza tan al alcance de las balas. Pero la razón vence a la pasión. Tenían que emprender el regreso con toda suerte de precauciones. Si los animales olfatean al enemigo, éste está en peligro de ser pisoteado y aplastado por las enormes patas. Andando cautelosamente, en puntillas, se deslizan por la senda. Los elefantes, pastando tranquilamente, no han notado el inminente peligro, y el ruido en las montañas de alrededor, donde los indígenas están trabajando en la valla, no les estorba en lo más mínimo. Sin más dificultades, el oficial llega a la choza que, mientras tanto, le habían preparado.

Por fin podía descansar. Después de recobrar fuerzas, comiendo y bebiendo, reunió en consejo a los jefes más viejos y experimentados para hablar sobre lo que había que hacer y cómo había que repartir el trabajo. Matar a los viejos elefantes no era difícil; él ya había matado a varios anteriormente, y el fiel Zampa tampoco era novicio en este menester. Los indígenas tendrían que vigilar para que los elefantes no rompiesen el cerco. Los sitios de más peligro eran el de la salida y el de la entrada del arroyo en el valle; éstos

los ocuparían los hombres de más confianza, asistidos por algunos soldados de la tropa colonial. Los demás soldados, con bayonetas y cuerdas, estarían cerca de él para atar y sujetar los elefantes jóvenes y matar a los heridos si hiciera falta.

En la India, bien lo sabía él, se servían de elefantes viejos, domados, para cazar a los pequeños. A esto había que renunciar en el caso presente. Los indígenas afirmaron, como ya lo habían dicho, que era completamente imposible cazar un elefante vivo; tendría, pues, que arreglárselas como pudiera y confiar en su gente.

LA MADRE

“El nombre sólo de MADRE nos representa aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba; que oprimía entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente; que enjugaba nuestro llanto; que nos mecía, por fin, en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!”

SEVERINO CATALINA.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año:* en España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00, 25 centavos oro; en los demás países, ptas. 4,50. — LIBRERIA NACIONAL Y EXTRANJERA: Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Huevos con tomate

¿Cómo se hacen los huevos con to-
[mate?

Perdonadme si digo un disparate. Se coge una sartén, se limpia bien y se llena de aceite la sartén. Se pone la sartén en el fogón encendido con leña o con carbón, y sin usar procedimientos nuevos se frien los tomates y los huevos. Lo primero los huevos, eso es, y luego los tomates, o al revés: primero los tomates; o si no, las dos cosas a un tiempo, y se acabó. No diréis que este vate no sabe hacer los huevos con tomate.

R. DE LA VEGA.

CHISTES

El niño.—Oye, tía, ¿cuándo llega el día de los aguinaldos?

La tía.—¿Para qué?

El niño.—Para ver cuándo tengo que empezar a ser bueno.

* * *

En un restaurant:

—¡Mozo! Un plato de habas cocidas.

—Aquí no hay ese plato.

—¡Cómo! ¿Pues no dicen que en todas partes cuecen habas?

* * *

—¿Qué debe tomar una persona inconsolable para consolarse?

—Pues tomar té en un zapato, porque te-con-suela.

J. Sánchez de Ocaña.—Tutor, 16. Madrid.—Teléf. 32374.